

LA ILUSTRACION CATOLICA



PRECIOS DE SUSCRICION.

	PENINSULA.	EXTRANJERO.
Tres meses.....	16 reales.	» »
Seis meses.....	30 »	11 francos.
Un año.....	60 »	21 »

Número suelto, real y medio.

FUNDADOR:

DON JOSÉ AMALIO MUÑOZ.

DIRECTOR:

DON MANUEL PEREZ VILLAMIL.

ADMINISTRACION: Jesus del Valle, 23 y 25, principal.

PRECIOS DE SUSCRICION.

	SEMESTRE.	UN AÑO.
Cuba y Puerto-Rico....	2 1/2 pesos.	4 peses.
Filipinas, Méjico y Rio de la Plata.....	3 1/2 »	6 »

En los demás Estados de América, fijan los precios los señores Agentes.

ÉPOCA 2.^a—AÑO III.

MADRID Madrid 14 de Junio de 1879.

NÚMERO 46.

SUMARIO.

TEXTO.—A nuestros lectores, por D. Manuel Perez Villamil.—Revista, por V. P. Nulema.—Sor Maria Bernarda (Bernardita Souvirov), por Enrique Lasserre.—La Misa de Requiem de Mozart, por V. S. C.—Mas allá, por D. Julio Alarcon y Melendez.—La Basílica de San Antonio en Pádua, por M. P. V.—Los Grabados.—Bibliografía.—Jeroglífico.

GRABADOS: Retratos de los nuevos Cardenales el Dr. Hergenroether y el P. Zigliara.—La Basílica de San Antonio en Pádua.—La Institucion de la Santa Eucaristia (cuadro del Beato Angélico.)

A NUESTROS LECTORES.

LA ILUSTRACION CATÓLICA, á pesar de los muchos gastos y dificultades inherentes á una revista de esta clase, la primera en su género publicada en España, ha logrado arribar al tercer año de su existencia, y ayudada con la grata acogida de un público indulgente, trata de dar hoy á su noble tarea mayor importancia que hasta aquí, para corresponder cada día mejor á las justas exigencias de los que sin tantos motivos la han favorecido y ayudado.

Enemigos de ofrecimientos pomposos, los hemos escaseado, hasta adquirir la fundada esperanza de poder realizarlos; pero á esta hora, organizada la empresa de un modo más amplio y conveniente, estamos en el caso de decir á nuestros lectores, y al público católico en general, lo que nos proponemos hacer, si Dios nos ayuda con su gracia, y nuestros amigos nos favorecen con su concurso noble y entusiasta.

Hace tiempo que el que estas líneas escribe, aunque joven por la edad, curtido por el trabajo en las redacciones de los periódicos católicos de Madrid, ansiaba como una de sus más risueñas aspiraciones la de ver publicarse en nuestra patria una ILUSTRACION CATÓLICA, para llevar á ella, sino instruccion y facultades literarias de que carece, su entusiasmo, que raya en delirio, por las joyas artísticas de la España an-

tigua; por las costumbres de nuestros padres; por los usos, tradiciones, recuerdos y ruinas de lo pasado, donde aún palpita el corazon de las sociedades cristianas.

A vista de lo que ahora se llama movimiento católico, que es tan poderoso y saludable en todas partes, lamentábase de que en España careciésemos de los medios indispensables para comunicar ese movimiento á nuestra vida social y privada, reproduciendo en páginas vivas los hechos, monumentos, personajes y demás elementos de la restauracion católica.

Para contrarestar el influjo deletéreo de la revolucion impía, es preciso acudir á todos los terrenos, porque si bien la política inspirada en las enseñanzas de la Iglesia y de la tradicion, puede ser fecunda, este sólo baluarte, por desgracia, no basta hoy á defender los muros asediados de la Ciudad de Dios. En el campo de las letras y de las artes hay mucho que trabajar: ahí es donde la revolucion arrojó sus primeras semillas, y de ahí han brotado tantas espinas como hoy traspasan el corazon de la Iglesia.

La antigua literatura que ennoblecieron y glorificaron con sus obras los Luises y Granadas, ha sido reemplazada con la literatura venenosa y ruin de los dramaturgos y novelistas franceses, corruptores de las costumbres cristianas. De los monumentos artísticos no hablemos; ¿quién no ha visto caer al suelo ó deshacerse en polvo alguna iglesia de maravillosa traza, algun monasterio enriquecido con joyas inestimables, alguna reliquia de nuestras glorias pasadas y muchos objetos de indisputable valor?

Ahora bien: reanimar el cadáver de nuestra buena literatura; reedificar con el buril y la pluma los monumentos caidos; recordar las costumbres olvidadas, las tradiciones perdidas y los hechos históricos desfigurados por la impiedad; dar á conocer los progresos del arte cristiano, que renace en otras naciones, para estímulo y ejemplo de nuestros artistas, presentar á los ojos del público el retrato de los hombres ilustres por su saber, su virtud y sus obras; oponer á la novela impía, que estraga los corazones, la cristiana, que moraliza las costumbres; denunciar ante los padres de familia, las pestilencias del teatro,

LOS NUEVOS CARDENALES.



EL CARDENAL ZIGLIARA,
de la Orden de Santo Domingo



EL CARDENAL HERGENROETHER,
Catedrático de la Universidad de Wurzburg.

de los libros y del arte, para que puedan preservar del contagio el alma de sus hijos; atraer, en una palabra, y recrear el ánimo de las gentes, vulgarizando los conocimientos útiles y combatiendo los perniciosos y abominables, tal es el objeto que debe cumplir LA ILUSTRACION CATÓLICA para ejercer influjo saludable y eficazísimo en la sociedad española.

Dejar á los enemigos este campo, es entregarles más de la mitad de las trincheras, para que desde allí nos avergüencen y combatan; por eso debemos acudir á él y allí hacernos fuertes con las robustas y poderosas armas del arsenal de la Iglesia.

La revista ilustrada pasa de mano en mano; inspira más simpatía que el periódico diario, y derrama en campo más vasto y fecundo las semillas de sus ideas y sentimientos.

Para cumplir este fin social ya se entiende que no ha de ser una enciclopedia ó curso general de ciencias y artes: escrita para toda clase de lectores y para toda clase de fortunas, debe instruir á los unos, recrear á los otros y ser accesible á todos.

II.

Con tales propósitos acariciábamos la idea de una ILUSTRACION CATÓLICA, cuando la Providencia la puso hecha y acreditada en nuestras manos. Cinco meses hace que la dirigimos, y en este tiempo los resultados han excedido en mucho á nuestras esperanzas, y en todo á nuestros merecimientos.

A ayudarnos en nuestra tarea han venido generosamente plumas de primer orden, como la del P. Mir, docto jesuita; la del señor Fernandez Guerra, arqueólogo y literato insigne; la del Sr. Villoslada, publicista envidiable; las de Tejado, Barrantes, Cañete, Simonet y otros varios que honran á España con sus obras; hemos publicado los retratos de varones tan ilustres como el Beato Angélico, Augusto Nicolás, Newman, Paul Feval, Oberbeck, Rossi y otros no menos notables, nunca publicados en España, y hemos comenzado á reproducir los monumentos inéditos del arte español, y los que ha demolido el vandalismo moderno.

Por esto, y por la autoridad de sus colaboradores; por la índole de sus grabados, y por la pureza intachable de su doctrina, LA ILUSTRACION CATÓLICA ha logrado penetrar en las academias, en las bibliotecas públicas, en el despacho de los estudiosos, y lo que vale más, en el hogar de las familias cristianas, granjeándose la estimación de todos.

La tarea es hermosa, el campo fecundo; las buenas ideas pueden prometerse grandes beneficios, no considerando la insuficiencia del Director, sino su entusiasmo, y sobre todo la autoridad indisputable de los colaboradores, entre los que ha tenido la bondad de colocarse, con verdadero celo y amor por la Revista, el sabio dominico R. P. Fr. Zeferino Gonzalez, obispo de Córdoba.

Vengan también á ayudarnos todos los que en España aman el arte cristiano, las costumbres antiguas, los monumentos de nuestra historia y el verdadero y legítimo progreso del siglo de Pio IX y de la Inmaculada.

III.

Sobre estas bases podemos reducir á un cuadro sinóptico la serie de artículos de que por lo regular se ha de componer LA ILUSTRACION CATÓLICA, sin que por eso haya de creerse que en cada número se comprendan todos ellos.

- 1.º REVISTAS DE MADRID, ROMA Y PARÍS.
- 2.º ARTE CRISTIANO, y con preferencia el ESPAÑOL.
- 3.º ARQUEOLOGÍA, HISTORIA Y BIOGRAFÍA.
- 4.º CRÍTICA LITERARIA, BIBLIOGRAFÍA Y VIAJES.
- 5.º CUADROS DE COSTUMBRES, NOVELAS, CUENTOS Y POESÍAS.
- 6.º NOTICIAS Y CONOCIMIENTOS ÚTILES.

En cuanto á los grabados, continuaremos dando en la primera plana el retrato de los hombres ilustres que logran hoy legítima fama por sus virtudes y sus obras, y la galería, ya comenzada, de *artistas y sabios cristianos*. Despues publicaremos un monumento del arte español, dando la preferencia á los demolidos por la revolucion, de que se conserve dibujo, y á los inéditos y desconocidos, que no son pocos en España; luego daremos lo que ahora se llama una *actualidad*, ó algun paisaje ó sitio célebre, y para satisfacer la curiosidad de muchos, de vez en cuando añadiremos el retrato de algun personaje

notable de los que hacen ruido en el mundo, aunque no sea de nuestras ideas.

Con el nuevo tomo comenzaremos á usar una nueva cabecera, ejecutada por distinguidos artistas, y que estamos seguros ha de ser muy del agrado de nuestros lectores.

Repetiremos para acabar lo que dijimos al encargarnos de la direccion de la Revista: «Se ha vencido lo más árduo del camino á fuerza de costosos sacrificios; del público depende lo demás. Cada católico que se suscriba lleva una piedra al edificio.» Confiamos en que no ha de faltarnos, para llegar á la cúpula, ni el favor divino, porque la obra es saludable; ni el concurso de todos los buenos, interesados como tales en la defensa de la verdad y en la salud de España.

MANUEL PEREZ VILLAMIL.

REVISTA.

Muy despacito y sin dar la cara, el verano se va metiendo en nuestras casas para despojarnos de alfombras, cortinas y braseros, dejándolo todo desmantelado, y como diciendo á los vecinos acomodados de Madrid: «Ya estais aquí demás.»

El Guadarrama, que al fin tiene amor á sus vecinos, al saber esto, nos envía suspiros tan finos y caricias tan tiernas, que se ve á primera vista el deseo que tiene de que no nos vayamos tan pronto.

Estamos, por consiguiente, entré la espada y la pared: la espada de fuego con que nos amenaza el verano, y la pared del Guadarrama que nos corta el paso y es capaz de cortarnos la sangre.

Toda lucha ocasiona víctimas, y la presente se va dejando sentir en el vecindario de Madrid bajo la forma poco simpática de catarros y pulmonías. Las desgracias suceden de este modo. Sale en pleno día á la calle un cortesano vestido de tela fina; recorre el Prado, la Castellana y el Retiro, luciendo su garbo y su buen aire, y al enterarse el Guadarrama, que tiene puesto un agente suyo en cada esquina de la corte, de que aquel valiente desprecia sus canas, le sale al encuentro, le dá un bufido, y cátese usted al galán más muerto que vivo, envolviéndose en mantas de Palencia, para atraerse con su arrepentimiento los calores más vivos de Agosto.

Lo cual prueba que hay que vivir con precaucion en tiempos tan difíciles, poniéndose la ropa segun venga el aire; aunque lo mejor es seguir el consejo de la experiencia, esperando con la ropa de invierno los calores del verano.

A pesar de las aguas del Lozoya, Madrid es refractario al verano, y se comprende; porque los que viven en palacios se van á pasar los calores al Norte, y los que viven en casas pequeñas se ahogan como en un horno con los aires abrasadores del mes de Julio.

Las grandes poblaciones, como no siembran, no tienen que recoger cosecha, y del verano no sacan más que las incomodidades del calor acrecentadas por la estrechez de las habitaciones.

Madrid en verano se pone insoportable. Los rayos del sol penetran por las fachadas de las casas como por hojas de papel, y convierten las salas en estufas y las alcobas en hornillas; el aire, como no circula, se llena de vapores pesados y de polvo, que no deja por las noches ni respirar ni ver; muchas casas cerradas traen á la memoria los cuadros de la peste, y como el ánimo con la fatiga se inclina á cosas tristes, no parece sino que la corte es una cárcel donde uno está pasando las penas del purgatorio.

Todo lo contrario sucede en el campo y en las aldeas; allí

Del áura dócil al impulso blando,
La rubia miés en la llanura ondea;
Del dulce nido alrededor volando,
La alondra gira y de placer gorjea;
Las ondas de la fuente suspirando
Quebran el rayo de la luz febea;
Y en delicados mágicos colores,
El fruto asoma al espirar las flores.

Y librenos Dios de que á los calores de la estación se agreguen los calores de la política; porque el mes de Julio ha dejado en las calles de Madrid huellas de sangre y fuego.

Decimos esto porque en un sotabanco de la calle del Correo se ha descubierto un depósito de hojas clandestinas destinadas á repartirse por Madrid y á ser enviadas en gruesos paquetes á provincias.

Suponiendo que estas hojas no serían hojas secas, hay que temer que se reproduzcan, pues la sávia circula por el árbol, y de la sávia salen las hojas y los frutos.

Si se quiere evitar la reproduccion, no hay más remedio que el que nos enseña el Evangelio: «Todo árbol que no lleva buen fruto, será cortado y echado al fuego.»

El de las costumbres modernas no es muy saludable por cierto; léase el periódico que más circulación tiene en España, y se verá la muestra de sus frutos.

La *Correspondencia de España*, que es el periódico á que aludimos, complácese en publicar, no sólo todos los robos que ocurren en Madrid, sino las causas célebres de Francia, con pormenores y circunstancias que horripilan.

Pase al fin 16 de los robos, porque si un diario noticiero no hablase de este ramo de la vida moderna, apenas tendría de qué hablar, sobre todo para los madrileños; pero lo de las causas célebres es un verdadero atentado contra la moral pública, á la cual se vea escandalosamente con esos cuadros licenciosos de las costumbres y vicios de los criminales de París.

Por lo regular, las causas versan sobre adulterios, raptos, envenenamientos y crímenes babilónicos; de los diálogos del juicio se desprenden vapores pestilentes que envenenan el aire; ¿por qué regalar al público ese plato diario, cuando, por desgracia, son tan contagiosos los miasmas del vicio?

Así puede observarse que en Madrid aumenta horrorosamente la corrupcion de las costumbres públicas. Un periódico de nuestras ideas ha dado en publicar, bajo el epígrafe de «Crónica negra,» las noticias que publican los demás, sobre robos, suicidios y asesinatos, y hay día en que esta seccion del periódico es mayor que la de noticias indiferentes.

No hay casa bien cerrada, ni reló seguro, ni calle sin peligro, ni vida sin amenaza; el progreso moderno nos lleva á perderlo todo, hasta el habla.

No es esto decir que nos hayamos de quedar mudos; nada de eso. Justamente la locuacidad y el charlatanismo son nuestras cualidades distintivas.

Queremos decir otra cosa muy diferente; que estamos perdiendo el habla castellana, y con el concurso, por cierto, de la Academia española.

En la cual se celebró el domingo último recepcion solemne, presidida por el jefe del Estado, para dar posesion de su plaza de número al señor marqués de San Gregorio, médico que ha sido de la real Cámara, y muy sobresaliente en materia de partos.

No pudimos asistir á la reunion, aunque estábamos invitados por la Academia; pero sabemos por un periódico lo siguiente:

«El conde de Cheste pronunció un breve discurso, dando las gracias á S. M. el rey por haberse dignado presidir la solemnidad, siguiendo la costumbre de sus antepasados, de contribuir al esplendor de la Academia, que debe su creacion á Felipe V.

»Recordó los favores que debe la corporacion á la augusta madre de S. M., y concluyó con las siguientes frases:

«Mucho pueden hacer, señor, los reyes por estas sociedades, y por los literatos, y por los escritores; pero más pueden hacer éstos por los reyes, *darles la eternidad.*»

Como no sabemos que el Director de la Academia haya rectificado la frase, damos por cierto que ofreció la *eternidad* á los reyes; ofrecimiento generoso, que si no fuera horrible impropiedad de lenguaje y error teológico de grueso calibre, debería consignarse en láminas de bronce.

Por fortuna el Diccionario de la Academia admite la diferencia entre lo inmortal y lo eterno, dejando á salvo la propiedad filosófica de la lengua que hablaron los Luises y Granadas.

A la misma hora en que se celebraba la recepción de la Academia, se celebraba otro *meeting* libre-cambista en el local de la Bolsa.

Fueron los héroes de la fiesta los señores Figueroa, Rodríguez y Moret, triunvirato famoso de la moderna ciencia económica. Los tres abogaron calurosamente por el establecimiento del libre-cambio, suprimiendo los derechos de aduanas, y por ende el contrabando, para que lluevan sobre España los tesoros de la California.

Pero es el caso que estos caballeros fueron un tiempo ministros de Hacienda, y tal arte se dieron para hacernos felices, que subieron á veintemil millones la deuda de la nación, y bajaron hasta el hambre la riqueza de los particulares.

Y cuenta que no llegaron á realizar todas sus teorías; que si lo hacen, á excepcion de ellos y de sus amigos, no hubiera quedado español ninguno en libertad de cambiar ni de camisa. A pesar del *fiasco*, vuelven ahora á las andadas, y con *meeting* y discursos quieren prepararnos otro bromazo como el de marras, confiando sin duda en que el número de los necios es infinito.

El señor Moret terminó el debate con estas palabras: «Nuestra cohorte es el que no tiene que comer, la familia necesitada, ¡tantos infelices abandonados!»

No sabemos si al oír este arranque de ternura lloró el auditorio; pero de lo que estamos ciertos, es de que interiormente se rió el orador.

El *meeting*, según crónicas, terminó entre *salvas* de aplausos. Así se empieza; el señor Echegaray puede decir cómo se acaba.

V. P. NULEMA.

SOR MARIA BERNARDA

(BERNARDITA SOUVIROUS).

Ya que hemos referido al lector lo que nosotros mismos sabíamos; ya que conoce los sentimientos y la actitud de Bernardita, relativamente á la verdad y á la historia de los grandes sucesos cumplidos hace veintun años en las rocas de Massabielle, escuchemos de nuevo el eco fiel de lo que se decía bajo las bóvedas de Saint-Gildard.

Recordábase muchas veces su entrada en Religión, acaecida en 8 de Julio de 1866. Ocho días después, el 16 de Julio, en la fiesta del Monte Carmelo, celebraba en el fondo de su corazón el octavo aniversario de la última aparición de Nuestra Señora de Lourdes; y veintun días después, el 29 de Julio, recibía el santo hábito que ya no debía abandonar.

Desde su noviciado fué una religiosa perfecta; su vocación era profunda y databa de muy lejos, y era inspirada por el Altísimo.

En Lourdes, y hasta en el camino de la gruta, mientras que las multitudes entusiastas se apiñaban á su paso, Bernardita aspiraba con toda su alma á vivir en el silencio, en el trabajo, en el cuidado de los enfermos, en la oración y el recogimiento, en el seno de un convento solitario.

Ardientemente deseaba esto, y, sin embargo, al acariciar este sueño, no se atrevía á abandonarse por completo á tan dulce esperanza. Conociendo desde su infancia la actividad y virtudes de las Hermanas de Nevers, se consideraba como indigna de pertenecer á su comunidad; y el pensamiento de pertenecer algún día á ella, le parecía una ambición orgullosa. Su vocación, aunque viva y fuerte, era poderosamente combatida por su humildad.

—¿Para qué serviría yo? se preguntaba.

Y no sabiendo qué responderse en la conciencia de su nada, dejaba un día traslucir su pena ante el venerable cura Peyramale, arcipreste de Lourdes.

—¿Cómo me atrevería á pedirles que me recibiesen? ¿Cómo cargar á las Hermanas con esta inutilidad y este peso?»

—«Es cierto, mi pobre niña, que sois muy poco capaz, le respondió: pero, en fin, hace poco que acabo de veros mondar patatas; ¿podrías estar siempre ocupada en la cocina limpiando las legumbres? Además, las hermanas harán contigo una obra de caridad...»

—«¡Y mucha caridad!» exclamó la humilde niña,

que había contemplado á la Reina del cielo, y cuyo nombre ha resonado por todo el mundo.

Además del profundo atractivo que la arrastraba á la vida religiosa, experimentaba también Bernardita la necesidad de hallar un refugio seguro contra la curiosidad piadosa de las muchedumbres, de que era objeto. Cuando por vez primera atravesó el dintel del convento, imploró de la Superiora general la gracia, si era posible, de no ser jamás llamada al locutorio, sometiéndose, por lo demás, aún en esto, á la obediencia perfecta, pero expresando muy claro el deseo de su corazón.

Como antes hemos referido, no disminuyó esta repugnancia con el tiempo, y muchas veces daba lugar á hechos admirables.

Descubrió un día, al entrar en el convento, á monseñor el Obispo de Nevers, acompañado de un eclesiástico extranjero, quienes se dirigían á la enfermería. Inmediatamente Sor María Bernarda desaparece y se refugia en la ropería, donde empieza á remendar en silencio un paño viejo. Búscasela por el jardín, en la cocina, en la sacristía, y en donde podía sospecharse que pudiera estar, hasta que por fin la descubren en su escondrijo.

—¡Pronto! ¡pronto! Sor María Bernarda. La reverenda Madre pregunta por usted. ¡Monseñor viene á veros!

Bernardita dirige á su compañera una mirada melancólica.

—¡No! ¡no! le dijo sonriendo tristemente. Monseñor no viene á verme, viene á hacerme ver.

Y levantándose se dirigió, con el corazón apenado, á donde la esperaba Monseñor.

Ya á causa de un pudor virginal, y que se avergonzaba de toda mirada indiscreta, ya también por una especie de malicia inocente, separaba la cabeza y ocultaba sus facciones cuando descubría en el claustro personas desconocidas que se encontraban allí por deseo de verla. Algunas veces, por el contrario, haciendo un violento esfuerzo sobre sí misma, pasaba sin timidez y sin ostentación, simple, noble y religiosamente.

Seguía en esto la inspiración del momento, ó el movimiento del Espíritu, que inclina á donde quiere? Sólo Dios lo sabe; pero casi siempre, para hacerla comparecer, era precisa una orden formal de sus superiores.

Una hermana de Nevers nos ha contado lo que sigue:

«Uno de mis parientes deseaba ardientemente verla, y tanto más, quizá, porque esto le pareciamuy difícil. Debemos pensar que en este deseo tendría alguna parte la piedad; pero me temo que la curiosidad entrase por mucho en tan violenta gana. Me lo pidió con las más vivas instancias, y yo, á mi vez, se lo rogué á nuestra Superiora, quien vió que no había motivo alguno para satisfacer el deseo de mi pariente.

«Lo más que puedo hacer es permitirlo. Vé á decirle de mi parte que le autorizo para que venga, dejándola libre.

«Salí á buscar á Bernardita.

«Querida hermana, hay una persona en el locutorio, y nuestra reverenda Madre os autoriza á que bajéis á él.

«¿Y después? me pregunta mirándome, no sin malignidad.

«Pero ya lo veis: os autoriza á que bajéis...

«¿Y después? ¿No dijo nada más?

«Ha dicho, repliqué tímidamente, que os autoriza... Pero que os deja libre.

«¡Me deja libre! exclama Sor María Bernarda saltando de alegría. ¡Y bien! ¡no! ¡no! ¡no! Y hé aquí que echa á correr como una loquilla dirigiéndose al jardín.

«Y así es que no pudo satisfacerse la curiosidad de mi pariente.»

Algunos, sin embargo, de aquellos á quienes no se puede resistir, lograban verla.

En una tarde de invierno—me parece que en el de 1872—un sacerdote de elevada estatura, de austero aspecto, se presentó en el convento de Saint-Gildard, en Nevers, y mandó llamar á la Superiora general.

—Vengo de bastante lejos, le dijo, y he hecho ex-

presamente este viaje para ver y conocer á Sor María Bernarda.

—¡Ay! señor Cura: no puedo en estas circunstancias levantar la clausura sino por autorización formal de Monseñor de Nevers; y no debo ocultaros que la dá con mucha dificultad. Sin esta regla, nuestra ya Hermana, que ha buscado la soledad, estaría siempre en el locutorio.

El sacerdote pareció contrariado.

—Pero, añadió la Superiora, Monseñor de Ladoue no está en Nevers... Sin embargo, me bastaría la autorización del señor Vicario general.

—Precisamente deseo verla de incógnito; pero ya que es preciso, diré mi nombre.

Separó su negro manto, y la religiosa vió la cruz episcopal.

—Soy el Obispo de Orleans, le dijo.

La Superiora se inclinó, imploró la bendición del ilustre prelado, y fué á buscar á Bernardita.

Monseñor Dupanloup habló largamente con la Vidente.

A pesar de la superabundancia de pruebas que han fijado la fé de la cristiandad en las apariciones de Nuestra Señora de Lourdes, al parecer conservaba algunas dudas, por cuyo motivo se dirigió á Nevers en un día de invierno, para conocer por sí mismo á aquella Vidente, cuyo testimonio había tenido en el mundo tanto eco.

Al salir de esta conversacion, el Obispo tenía los ojos arrasados en lágrimas, y la duda había para siempre huido de su corazón.

—Acabo de ver la inocencia de un alma, decía, y el irresistible poder de la verdad.

Meses después se dirigía á Lourdes á arrodillarse en la gruta santa.

Perdónennos nuestros lectores, si en la premura que sentimos de conducirlos hoy mismo hasta los últimos episodios de la existencia mortal de Bernardita, suprimimos aquí muchas páginas y numerosos detalles, que excederían las proporciones de un artículo.

Estos capítulos tendrán cabida en el pequeño volumen que pronto publicaremos. En él hablaremos de la vida religiosa de Bernardita, de sus funciones de enfermera y sacristana, y de los trabajos á que se dedicaba. Nos ocuparemos en él de su piedad para con Nuestra Señora de Lourdes, y de la peregrinación que en espíritu hacía diariamente á la gruta de la Aparición. En él mostraremos el recuerdo tierno y profundo que siempre tuvo á sus padres según la carne; su amor filial al bueno y honrado cura Peyramale; su fiel memoria del país natal.

Había conservado en toda su primitiva frescura aquellos sentimientos universales y sencillos que el Padre de toda criatura ama siempre, y en todas partes, ver desarrollados en el corazón humano. Lanzándose piadosamente al pie del altar, esta planta florida había conservado el delicado perfume que había traído del saludable ambiente del campo.

Realizando en toda su plenitud el tipo ideal de la Congregación que había elegido por familia; abandonándose sin reserva, y sin resistencia alguna, á la acción divina, Bernardita, convertida en Sor María Bernarda, se había desarrollado y santificado, en perfecta armonía. Creciendo todos los días en edad y sabiduría, sabiendo soportar el sufrimiento con la paciencia de los Mártires, y orar con el fervor de los Angeles, había ganado constantemente en el orden de la gracia, sin perder nunca en el orden de la naturaleza. Ayudada con el socorro de lo alto, había resuelto el difícil problema religioso y moral de crecer en todo sin deformarse en nada, y de realizarse sin falsearse.

Tal fué Sor María Bernarda. Tal fué en la vida oculta y oscura del claustro la ilustre niña á quien la Virgen se había aparecido en otro tiempo, y que, ayudada del cura Peyramale, párroco de Lourdes, había impreso al mundo con sus débiles é inocentes manos el mayor movimiento religioso que se había visto desde las Cruzadas.

«¡Es una loca! ¡Es una idiota! ¡Está alucinada!» decían los enemigos de Dios al ver una criatura tan

débil. ¿Mas qué le importaba tan vano rumor de los hombres?

Bernardita no sentía por esto ni turbación ni humillación, como tampoco había nunca experimentado vanidad en la ciudad de Lourdes, ante el entusiasmo de los fieles, ni orgullo en las rocas de Massabielle por las gracias extraordinarias que había recibido de Dios.

¿No os ha sucedido muchas veces deteneros en medio de una pradera florecida, ó en el fondo de algún bosque, cerca de las márgenes silenciosas de algún límpido arroyuelo? Claras son sus aguas y su curso vivo y tranquilo. Por el día, el sol, atravesando la frondosa bóveda, acaricia las plateadas ondas, y por la noche las estrellas se miran en él. ¡Cuánta agilidad en estas olas que se apiñan y chocan con dulce murmurio! ¡Qué paz profunda, qué admirable placidez! ¡Parece que estas tranquilas olas vienen directamente á través de las sombrías soledades del fondo de aquellas inaccesibles profundidades donde habita el eterno reposo!

Y bien, ¡no! A algunas leguas más arriba, este

agreste arroyuelo, sin interrumpir su marcha, sino que, por el contrario, siguiendo su curso regular, ha hecho girar ruedas inmensas, levantado pesos gigantes y movido todo un mundo... Y después continúa paseando sus humildes ondas por bosques y praderas, sin que una sola de sus gotas se fatigue, y sin perder su límpida pureza.

Tal fué en la tierra el destino de Bernardita.

ENRIQUE LASSERRE.

(Se continuará.)

LA MISA DE REQUIEM DE MOZART.

EL «DIES IRÆ.»

Después del himno del *Kyrie*, que, unido al *Introito*, forma como la portada que anuncia toda la obra de la Redención, vamos á ver cómo se desarrolla, por decirlo así, esta misma Redención.

La voz de San Pablo la ha anunciado en la litur-

gia, predicando á los Tesalonicenses la resurrección de los muertos. A la Epístola, siguen las oraciones del *Gradual* y del *Tracto*, que son la repetición de los pensamientos y en parte hasta de las palabras de *Introito*. Los maestros católicos de la música moderna, no las ponen de ordinario en música á causa de la extensión que exige la secuencia del *Dies iræ*. Mozart ha obrado de otro modo, y para ponerla en música, la ha dividido en seis partes con la más admirable inteligencia cristiana y con el más consumado génio dramático.

Han enmudecido los santos oráculos. De repente, como si todas las virtudes celestes se comoviesen, como si el mar erizase sus amenazadoras ondas, se desgarrasen las entrañas del planeta y se dispersasen las estrellas rodando y tronando en la noche, salen simultáneamente de todas las voces é instrumentos clamores y gritos ahogados é inenarrable espanto. «¡Día de cólera aquel día! ¡Reducirá el siglo á ceniza, como lo atestiguan David y la Sibila!» El carácter impetuoso de los instrumentos, su precipitada agitación, su *trémolo* continuo semejante á las trepi-



LA BASÍLICA DE SAN ANTONIO EN PÁDUA.

daciones y convulsiones de un incendio azotado por huracán inmenso; las voces que á través se lanzan todas juntas, ó por grupos, siguiendo á los bajos, que tienen la misma nota, de que no pueden salir, repitiendo tres veces: *quantus tremor est futurus*, estas voces, que son las de los condenados á muerte á quienes el verdugo ha intimado la sentencia y que no pueden evitarla, todo esto conduce al alma al *sumum* del horror. Los cabellos se erizan, los huesos se estremecen; parece verse en el seno de este caos á los desgraciados de los últimos días del mundo, pintados por J. C. comiendo, bebiendo, celebrando contratos, contrayendo matrimonios y no acordándose de Dios más que para mortarse de él, sorprendidos de repente por el brillo y majestad del Hijo del Hombre. «¡Cuánto terror habrá cuando venga el

Juez á examinarlo todo estrictamente!» Las entrañas se retuercen: estridentes gritos salen de todos los labios, y negros son los rostros. Mozart ha reproducido toda esta escena con aquel mismo horror de la agonía que obligará á estos desventurados á decir á las montañas: «¡Caed sobre nosotros!» y á las colinas: «¡Sepultadnos!» Su drama *Don Juan* ó el *Libertino castigado*, no era más que el festín de Baltasar; pero aquí nos presenta el último festín del universo convertido en una Sodoma; y en medio de los rayos y de las estrellas, del globo que estalla y de las naciones que se destruyen, se descubren escritas con negras llamas en el sangriento disco de la luna las terribles palabras: *Mane, Thecel, Phares*.

Las voces espiran en medio de estas angustias: los instrumentos callan, el mundo queda mudo y desierto,

y en medio de la sombría noche, hay un silencio como de media hora que en apocalíptico rapto presencié San Juan en el cielo. Entonces, un trombon con roncós sonidos que suben al cielo y descienden á los infiernos, modula lentamente siete notas.—«La trompeta, dice el bajo repitiendo estos terribles tonos; la trompeta, extendiendo un sonido extraño á través de los sepulcros de las regiones, obligará á todos los hombres á presentarse ante el trono.»—La voz vaga sola en el espacio con la trompeta sola, en medio de algunas notas de estupor de los instrumentos de cuerdas, y mientras que la trompeta continúa desenvolviendo sus notas, mostrando la multitud de las sombras que evoca, formando círculos retumbantes con que las estrecha, empujándolas después á lo alto por medio de tres cargas, y barriendo, finalmente, á

aquella multitud como un torbellino; la voz, subiendo á los aires, descendiendo á las tumbas, sigue con espanto á la trompeta fatal; y al llegar á estas palabras: «Ante el trono,» se detiene palpitando en una nota profunda; y descendiendo despues cinco notas, sucumbe en ellas como en un abismo. Entónces, la brillante voz del tenor, como un águila que atraviesa el firmamento, exclama en elevadísimo tono: «La muerte y la naturaleza se llenará de estupor cuando resucite la criatura para responder á quien debe juzgarla.» «Nunca olvidaré el estremecimiento del auditorio, dice Oulibicheff cuando la admirable voz de Jewsiéff entonaba *Mors stupebit* (1).» Los violines no cesan de trinar; el fagot gime en medio de ellos, y desplegándose solemnemente, se extiende como un libro abierto; y mientras tanto, la voz continúa en tono un poco más bajo, pero más lleno de sollozos: «Se presentará un libro escrito donde se halla contenido todo aquello por lo que el mundo será juzgado.» La tiple, con grave y fluida voz, recuerda entonces la terrible intimación. «Cuando el juez se haya sentado, aparecerá todo lo oculto, y nada quedará impune.»

Y el soprano exclama dirigiendo á lo alto sus punzantes lamentaciones: «¿Qué diré yo entónces, desgraciado? ¿A qué patron he de acudir, cuando apenas el justo estará seguro?» Y las cuatro voces que hemos visto pasar en sus melodías, una en pos de otra, como fantasmas de larga cabellera, llorando amargamente y extinguiéndose con el ligero estremecimiento de las ondas en la noche, reaparecen juntas, en medio de todos los instrumentos, para expresar con melancólico acento la compuncion más conmovedora y las supremas angustias del corazón: «Cuando apenas el justo estará seguro: ¡cuando apenas el justo, apenas el justo estará seguro!»

Sin embargo, la esperanza traspira en medio de estas angustias. Habiendo mezclado los primeros violines á los gemidos, entrecortados y descendentes de las voces, iguales gemidos despues de haber subido hasta las últimas notas, descienden para finalizar la frase y decir: «En seguridad,» por medio de un rasgo tan delicioso y tan brillante, que se diría que estaba empapado en miel y bañado en luz. Al repetir la frase, y despues de un nuevo gemido, lanzan un ras-

go ménos brillante, pero no ménos dulce, que produce un vasto grito de solémmes notas, que descendiendo con enérgica cadencia, espira con suave reposo, en el que la orquesta se balancea y a dormece. En este pasaje hay un coro de doce compases, cuya belleza patética y armoniosa es imposible expresar. «Su poesía, dice Holmes, es una tentativa para abrir el cielo con sonidos, y es celestial la suavidad de la melodía.»

En este trozo no todos han comprendido á Mozart. «Segun Weber, dice el abate Stadler, Mozart ha cometido una falta grosera introduciendo cantos agradables en su *Tuba mirum*. Cada rasgo ó cuadro debía ser terrible si debemos darle crédito. Permítame, sin embargo, dirigirle una pregunta: ¿Quiénes son los llamados por la trompeta del juicio? Son los vivos y los muertos; es decir, los justos y los pecadores, los buenos y los malos, los elegidos y los réprobos. ¿Quedarán todos uniformemente impresionados ante el sonido de la trompeta? ¿Resonará igualmente formidable para el justo á quien no acusa su conciencia, como para los malvados entregados al sentimiento de sus iniquidades? No lo creo. Así como será



LA INSTITUCION DE LA SANTA EUCARISTIA.

(Cuadro del Beato Angélico.)

terrible el día de la resurreccion para los réprobos, producirá, por el contrario, grande esperanza en los elegidos; punto de vista que constantemente ha tenido presente Mozart en su trabajo.»

Oulibicheff, que cita este pasaje, se queja, sin embargo, de la vulgaridad de la melodía encargada de expresar las últimas palabras del texto Sagrado, siendo esta página para él la única débil del *Requiem*. Jahn, ocupándose en el segundo trozo del *Requiem* que empieza en el *Tuba mirum* y termina

en *vir justus est securus*, dice: «Cada párrafo es expresivo, digno, bellísimo; la conclusion, sobre todo, es de arrebatador encanto; pero todas estas frases, así como el conjunto, no tienen la elevacion y la grandeza de la representacion que debe ser viva en nosotros.» El abate Davin, á quien seguimos en estos mal pergeñados renglones, no es de esta opinion, prefiriendo la de Holmes. «Seria extraño, dice, que Mozart, que ha dado la última mano á las partes vocales, por lo ménos, de esta última página del *Requiem*, hubiese cometido en ella la falta, más ó ménos grave, de que se le acusa, y que le era fácil corregir. Mozart ha creído que este trozo estaba á la altura de los demás, y es muy temerario criticar á un au-

tor de gusto tan puro y en una obra tan constante y tan prodigiosamente inspirada. Más vale intentar comprenderle.»

Mozart no debía dibujar siempre cuadros sombríos y trágicos, y en este trozo hace al espíritu descansar en las lágrimas y en ciertas sonrisas compañeras de la fé, de que San Pablo ha dicho: «Estoy lleno de consuelo, y la alegría abunda en mí en todas mis tribulaciones (2.ª Corint., v. iv). Esta intencion de Mozart es sublime, porque hay en estas pálidas conmociones del justo, en estos dolores templados por las lágrimas, en estos súbitos accesos de alegría, de vigorosa confianza, de piadoso arrebatado de amor, un no sé qué de Dios que anima en su misma presencia á sus hijos.

(1) Tomo 3.º, pág. 442. Jewsiéff era el primer tenor de San Petersburgo.

Los protestantes nada de esto podrán apreciar; pero los católicos lo ven muy sencillo y muy profundamente cristiano. El último rasgo, tan amplio y tan vigoroso, de las cuatro voces y de toda la orquesta acerca de estas palabras: «cuando apenas el justo estará seguro,» es el testimonio de nuestra conciencia de que habla San Pablo y que Job conservaba bajo el ardiente Sol de Idúmea y en su basurero, lleno de úlceras, insultado por falsos amigos, y empapado en la sangre que de sus llagas fluía. En esta dulcísima esperanza mece la orquesta al justo, adormeciéndole suavísimamente y haciéndole gustar las delicias de la eternidad.

De repente se despierta la orquesta. Dos golpes profundos y precipitados de los instrumentos de cuerdas, aumentados por los trombones, bajos y fagots, lo pone todo en conmoción: ¡es el grandioso y último advenimiento del Cristo! Esas escalas que se precipitan con formidable unisonancia; esa triple y sublime exclamación del coro: *¡Rex! ¡Rex! ¡Rex!* reforzada por todas las voces metálicas de la orquesta, ¿no nos presentan á la tierra balanceándose sobre su eje desquiciado, y al Rey de la gloria descendiendo lentamente de los cielos sobre el ala de los serafines?... Al sonido de las trompetas del juicio, ¿oyese subir la oración universal... Los truenos del Sinaí calmanse por fin, para permitir que llegue á los pies del Juez el último voto, el último flebil grito de la humanidad espirante. *¡Salva me!*

«En el coro, *Rex tremendo*, dice Holmes, Mozart ha expresado tan bien el sentimiento del temor respetuoso y del terror que le ha inspirado esta escena del juicio final, que el auditorio queda subyugado.» Súbitamente todos los instrumentos de cuerda, unísonos descendiendo, con notas comprimidas y rápidas como el relámpago, escala y media en tono menor. Los fagots, bajos y trombones cambian con ellos estallidos semejantes á los del aire desgarrado por el rayo, y todas las voces, unidas á los instrumentos de viento, gritan: *¡Rex, el Rey!* Otras dos marchas unísonas de los instrumentos de cuerda, pero más vivas y más brillantes, son interrumpidas por el mismo trágico grito, y la última marcha, en que los instrumentos se dividen en dúo y se detienen en una tercia mayor brillante, produce la explosión de las voces, que en las articulaciones más solemnes y más enérgicas, aumentadas por los timbales, unidas á los instrumentos de viento, exclaman: *¡El Rey de formidable majestad!* El Rey ha salido del cielo: ¡Héle allí! Hé ahí al Hijo del Hombre, que Caifás mandó prender de noche como á un ladrón, y llevar maniatado á su conciliábulo, á quien los Príncipes de los sacerdotes indignos, los orgullosos escribas, los infames ancianos del pueblo cubrieron de bofetadas y saliva; á quien mandó azotar Pilatos y vestir de irrisoria púrpura, y poner en su mano un cetro de caña y ceñirle corona de espinas, presentándole á los judíos el día de Pascua, diciendo: *¡Hé aquí al hombre!* ¡Hé aquí vuestro Rey! *¡Ecce Rex vester!* ¡Hé allí al Rey! ¡Hé allí á aquel Jesús que ha dicho á todos estos miserables en su mismo tribunal: «En verdad os digo, que vereis al Hijo del Hombre venir en las nubes del cielo con gran poder y majestad!» Oid ahora á todos los hombres, oid á todas las voces de la creación consensar esta majestad incomparable.

Divididos en dos coros los instrumentos de cuerda, van cayendo unos sobre otros como masas de nubes ó de truenos. Las voces de tiple y soprano, semejantes á montañas de agua que se chocan y combaten, se siguen á la distancia de medio compás con el mismo canto repetido en la 4.^a, pero tan majestuosos tan espléndido en su serenidad, que recuerda la faz dada por Rafael al Niño-Dios, llevado por los aires en brazos de la Virgen, é imperando á los vientos y tempestades. Entre tanto, los bajos y tenores se persiguen del mismo modo, repitiendo en un canto, ó más bien, en una frase llena de temor y de cariño á la vez: «Tú que salvas á tus elegidos, que los salvas gratuitamente.» Por fin, todas estas voces, á que constantemente van unidos los bajones y fagots, cantan con ellos, imitando la marcha primera de los violines, en movimiento mucho más solemne: *¡Rey de formidable majestad!* De nuevo este espectáculo sublime se renueva; pero sin repetirse, como las grandes escenas de la naturaleza. Los violines, violas y violoncellos reproducen el juego de sus ondas; los tenores y bajos hacen resonar más poderosamente el canto de la victoria y del imperio; los sopranos y tiple gimen más dulcemente los suspiros del temor y

de la ternura, y todos terminan diciendo: «Rey de formidable majestad,» y añadiendo con afectuoso ardor: *¡Tú que salvas, y salvas gratuitamente!* Jámás la música había presentado semejante espectáculo de poder y de esplendor, ni la armonía había intentado tan asombrosas combinaciones, cuya sencillez iguala á su gigantesco lujo. Hay á la vez en este trozo tres cánones de dos partes, de melodía sumamente delicada y completamente original. La base fundamental desciende diatónicamente, compás por compás, seis intervalos, y remontrándose después á la nota dominante de donde ha partido, desciende del mismo modo cuatro nuevos intervalos para acabar como en pedal, en esta misma nota dominante; marcha armónica que forma un efecto grandioso. Pero lo que más admira, es su repetición cuando los instrumentos de cuerda acompañan el mismo canto cambiado entre las voces, y ligeramente traspuesto en el soprano y tiple, y en la que se escucha una nueva armonía más brillante que la precedente. Mozart ha querido en cierto modo presentar todas las maravillas que á la venida del Hijo de Dios asombrarán á los mortales. Para esto no ha necesitado más que diez y siete compases, como un solo instante bastara al Cristo para anunciarse y ofrecerse en toda su magnificencia.

Sin embargo, la estrofa *Rex tremenda majestatis qui salvandos salvas gratis*, está por concluir. Oyése por tres veces al rayo estremecerse por lo bajo con los violines y chisporrotear en cierto modo en manos del Soberano Juez. Las tiples, ayudadas por los fagots, lanzan el grito del niño, que, al ver la muerte, se arroja en el seno de su madre: *¡Sálvame!* Un momento después, las voces de los hombres, unidas á los bajones, repiten este mismo grito en la nota en que ha quedado, y dicen más bajo: *¡Sálvame!* y entónces, todas las voces, unidas á los violines solos, dulcemente enternecidos, cantan con santísima seguridad: *¡Sálvame, fuente de piedad: ¡Salva me fons pietatis!*

En este momento, cuatro cantores se separan de la multitud de los que esperan el juicio, y, sostenidos por las instancias y encantos de los instrumentos, presentan á los pies del Juez esta oración:

«¡Acuérdate, piadoso Jesús, que soy causa de tu peregrinación: no me condenes en aquel día! ¡Por buscarte me has cansado; tú me has rescatado sufriendo la cruz; que no sea perdido tan gran trabajo! ¡Justo Juez de la venganza, concédeme la gracia del perdón, ántes del día en que hay que rendir cuentas! Gimo como un criminal: mi rostro se avergüenza de mis faltas; ¡oh Dios, perdona al que te suplica! Tú que has absuelto la Magdalena y has escuchado al buen ladrón, á mí también has dado esperanzas. ¡No son dignas mis oraciones; pero tú eres bueno, obras benignamente; haz que yo no sea consumido por el fuego eterno! Dame un puesto entre las ovejas, y sepárame de los machos cabríos, poniéndome al lado derecho!»

Esta sublime oración fué la de los gigantes ahogados en el diluvio, y que antes de morir pidieron á Dios gracia, como dice San Pedro: fué también la del buen ladrón mirando desde su cruz á Jesús, clavado en la suya, y fué la de Mozart moribundo. No tenía que llorar las violencias del ladrón del Calvario: nadie mejor que él supo perdonar y hacer bien; pero tenía que arrepentirse de algunas debilidades y extravíos de Magdalena, y vierte en este trozo todas las lágrimas de sus ojos, y todo el nardo de su corazón sobre los pies y cabeza de Jesús.

V. S. C.

(Se continuará.)

MÁS ALLÁ.

Por un áspero camino,
Un cansado peregrino
Busca la felicidad;
Y cuantos al paso halla,
Todos le dicen que vaya
Más allá.

Y cruza por los estrados
De los palacios dorados,
Buscándola con afán;
Y entre el rumor de la orgía
Siempre una voz le decía:
Más allá.

A gentes de las montañas,
Pregunta si en sus cabañas
Con ellos habita en paz;
Y ellos bajan la cabeza
Respondiendo con tristeza:
Más allá.

Penetra con desaliento
Por los claustros de un convento,
Y se postra ante un altar:
Y entre el rumor de las preces
Oye á veces, sólo á veces:
Más allá.

Al fin, en el camposanto,
Con ojos llenos de llanto,
Busca la felicidad;
Y una figura huesosa
Le dice abriendo una fosa:
Más allá!

JULIO ALARCON Y MELENDEZ.

LA BASILICA DE SAN ANTONIO EN PADUA.

La devoción de San Antonio de Pádua es tan popular en España, que de seguro nos agradecerán nuestros lectores la reproducción de la magnífica iglesia donde se guardan y veneran sus reliquias.

La ciudad de Pádua es una de las más antiguas y memorables de Italia. Tiene más de 50,000 habitantes, y conserva vivos recuerdos de la Edad Media.

Pero el más interesante de todos, el que lleva á sus severos pórticos y anchurosas plazas mayor número de viajeros, es el sepulcro de San Antonio, guardado en la magnífica iglesia cuya vista publicamos.

Hállase situado este templo en la *Plaza del Santo* (en Pádua no se dá otro nombre á San Antonio) y comenzó á edificarse á últimos del siglo XIII, terminándose en 1307. Vasari atribuye el plan á Nicolás de Pisa. La fábrica revela dos épocas diferentes: las siete cúpulas que la coronan fueron añadidas en el siglo XV; pero los tambóres sobre que descansan son evidentemente del siglo XIII. La fachada ha sido restaurada hace pocos años.

Hablando de esta venerable basílica, decíamos hace algún tiempo en carta dirigida desde Pádua á un querido amigo nuestro. «Desde que se descubre el exterior de la basílica, el corazón se inflama de piedad y de entusiasmo, pues sus altas cúpulas bizantinas, sus gallardos minaretes, sus vetustos sillares y su grandioso conjunto, que parece el de un castillo de la Edad Media, despiertan en la mente recuerdos de la época en que el gran Doctor consagró con sus plantas la ciudad de Pádua, tan famosa en la piedad como en las letras, albergue donde la ciencia humana floreció por muchos siglos, bajo el amparo de la Iglesia de Dios. A la puerta de la basílica, sobre alto pedestal, yérguese la estatua ecuestre del *condottiere* Gattamelata, labrada por Donatello (1453), que por la gallarda actitud y las formas vigorosas y bellas, parece un caballero de los días de las Cruzadas, defendiendo contra los infieles el sepulcro de San Antonio.

»Ya dentro de la iglesia, la piedad y el entusiasmo se convierten en recogimiento profundo ante las extensas naves, los severos mausoleos, las ricas y espléndidas capillas, los cuadros y las estatuas que pueblan aquel magnífico santuario, embellecido por el arte de muchos siglos y colmado de venerables memorias por la piedad de muchas generaciones. Más que por las huellas del arte, por el natural impulso de mi corazón, al entrar en la basílica me fui derecho á la capilla del Santo, que se abre en la nave de la izquierda. Eran las seis de la mañana, y estaba ya de tal manera atestada de devotos, que tuve que resignarme á venerar desde las gradas de la capilla el sepulcro, mientras se desahogaba lo suficiente para poder llegar hasta el altar que soporta tan santo tesoro.

»El aspecto de la capilla es bellissimo. Cinco arcos primorosamente esculpidos, forman su fachada; á través de los cuales se descubren los altos relieves de mármol de Carrara que cubren los muros de la capilla, sirviendo de corona al altar que se levanta en

medio, como fuente de mármol y plata en el fondo de un jardín poblado de azucenas. Después de admirar de lejos este cuadro, me decidí á penetrar en la capilla, que incesantemente se repoblaba de fieles, y no sin trabajo logré llegar hasta el sepulcro del Santo, donde muchedumbre de devotos ponían las manos, la frente y los labios, deshaciéndose en demostraciones de viva devoción, que me conmovieron profundamente. En pocas partes he visto mayores muestras de piedad que en la capilla de San Antonio. Aquello es una romería continua; pues hombres y mujeres, de todas edades y condicion social, acuden allí á venerar con lágrimas en los ojos el sepulcro del ilustre franciscano.

La urna sepulcral es de antiguo mármol verde, y sobre ella se levanta la imagen del Santo, con las de San Buenaventura y San Luis, obispo de Tolosa, ejecutadas por Tiziano Aspetti. Aunque quisiera, no podría describir á usted todas las maravillas artísticas que la escultura cristiana ha acumulado en aquel sitio; porque el largo rato que pasé, oyendo Misa, al pie del altar, embargado por la santidad que en aquella atmósfera se respira, sólo tenía corazón para sentir las gracias del cielo que San Antonio dispensa á sus devotos, y ojos para llorar de ternura y entusiasmo ante aquel cuadro vivo de la piedad católica. Sólo puedo decir á usted, que cuando levantaba la vista en derredor mio, veía relampaguear á mis ojos algunas obras prodigiosas de las que pueblan aquel santuario, como imagen del cielo aparecida á la vision beatífica de las almas contemplativas. La serie de altos relieves que tapizan la capilla, y que representan escenas de la vida del Santo, es un poema de mármol, compuesto por los mejores escultores de la Lombardia en el siglo xvi, para cantar las glorias del divino Doctor de la Iglesia, que en Montpellier y en Tolosa, en Coimbra y en Lisboa, en Bolonia y en Pádua derramó á torrentes los dones de su celestial sabiduría.

Cuando la Misa se acabó y hube dicho mis últimas oraciones al Santo, salí de la capilla á recorrer la iglesia, para libar el néctar de todas sus flores. ¡Qué abundancia y riqueza de esculturas en aquel coro, donde Donatello, Aspetti, Briosco y Campagna apuraron los recursos de su fecundo ingenio y los primores de su cincel, á cuyos golpes resucitaban los muertos con la vida espiritual del arte! ¡Qué capilla la de San Félix, tapizada de antiguas pinturas de los primeros maestros italianos, adornada por Donatello y Andriolo, llena de grandes recuerdos de las pasadas glorias de Pádua! La basílica de San Antonio, aunque construida en dos diferentes épocas, por su conjunto majestuoso y sus primorosos detalles, es uno de los buenos templos de esta Italia, que más que jardín de flores, es vasto museo del arte cristiano.

La vista que hoy publicamos está tomada de fotografía, y nada deja que desear en cuanto á la exactitud y pormenores del exterior del templo.

M. P. V.

LOS GRABADOS.

El Cardenal Hergenroether, pág. 381.

Nuestros lectores tienen ya noticia de este insigne purpurado por el artículo del docto Padre Mir, sobre los nuevos Cardenales. Es profesor de la Universidad de Wurzburg (Baviera), y ha publicado más de veinte volúmenes sobre historia eclesiástica. Una de las principales se refiere á la vida del célebre Focio. En 1870, el docto profesor escribió bajo el título de *Anti-Janus* una valiente refutación de las doctrinas de Doellinger. En los escritos del nuevo Cardenal, andan unidas en felicísima concordia la erudición, la crítica y la energía y vigor del estilo.

El Cardenal Hergenroether nació en Wurzburg el 15 de Setiembre de 1824, y cuenta, por consiguiente, 54 años.

El Cardenal Zigliara, pág. 381.

También este nuevo purpurado ocupa alto lugar entre los sábios católicos. El campo de sus estudios es la filosofía.

Nació en Bonifacio (Córcega) el 23 de Octubre de 1833, y abandonó su país el año 1851 para entrar en la Orden de Santo Domingo en el convento de Ana-

geni. Concluido el noviciado, fué muy pronto dedicado á la enseñanza, y dió cátedras de Filosofía en Perusa, en Viterbo, en Cortazar, y por último, en el convento de la Minerva en Roma. Durante su laborioso profesorado, el sabio dominico, incansable en el estudio, publicó muchos libros sobre cuestiones metafísicas, que son leídos con avidez por los verdaderos sábios.

El nombramiento del Reverendo Padre Zigliara para vestir el capelo cardenalicio á los 45 años de edad, prueba el acierto con que la Santidad de Leon XIII, sabe enriquecer y avalorar el Sacro Colegio.

Vista exterior de la Basílica de San Antonio en Pádua, pág. 384.

(Véase el artículo, pág. 366.)

La Institucion de la Santa Eucaristía.

(Cuadro del Beato Angélico, pág. 385.)

Para conmemorar en la octava del *Córpus* la institucion de este adorable Misterio, reproducimos el cuadro del Beato Angélico, que lo representa, y por cierto de un modo tan singular como propio de este candoroso y devoto pintor cristiano. En el convento de San Marcos de Florencia, donde vivió el gran artista, se conservan varios cuadros que representan, como páginas vivas del Evangelio, la historia de Nuestro Señor Jesucristo. Cada cuadro va acompañado de un versículo de la Escritura, que explica el pensamiento del pintor. Uno de estos cuadros es el que hoy reproducimos, cuyo versículo es el siguiente: «Inmolaré para vosotros una víctima sobre el monte de Israel, á fin de que comais su carne y bebais su sangre. El que come mi carne y bebe mi sangre, alcanzará la vida eterna.»

Nuestro Señor está dando la comunión á los Apóstoles arrodillados y á la Santísima Virgen, como si fuese un sacerdote de nuestros altares. El pintor, para realzar el asunto, cuya grandeza es infinita, ha sobrepuesto, por decirlo así, la verdad mística á la verdad histórica. En la mesa no se ve vianda alguna; toda la realidad se eclipsa ante la sublimidad del augustó Misterio.

La composicion deja en la parte técnica mucho que desear: las actitudes son duras y las cabezas muy grandes. Algunos entusiastas del Beato Angélico, como Cartier, por ejemplo, atribuyen estos defectos á Fray Bartolomeo; pero creemos que no hay necesidad de apelar á este endoso, ni para celebrar el Apeles de Fiesoli, ni para admirar este cuadro.

En primer lugar, no siempre son las pinturas del Beato Angélico modelos de correccion técnica, ni es esta cualidad la que ha hecho tan famoso al serafin de Fiesoli; lo que encanta en sus obras, es la dulzura de sus vírgenes, la expresion mística de sus santos, y la pureza y placidez verdaderamente angélicas de sus composiciones. En este punto, el Beato Angélico no ha tenido rival. Por lo que hace al cuadro que hoy reproducimos, tampoco necesita de la perfeccion técnica para ser admirable, por más que esta perfeccion realzaria su mucha belleza. Bástale la hermosura del pensamiento y la originalidad de su expresion, que hace de esta obra de arte una obra de piedad sublime y profundamente teológica.

Nicolás Poussino representó la institucion de la Santa Eucaristía con la forma del Beato Angélico. Lo que prueba, que, á pesar de sus incorrecciones, los artistas se complacen en seguir las huellas del serafin de Fiesoli, enamorados de la pureza y expresion verdaderamente celestial que en todas sus obras resplandecen.

BIBLIOGRAFIA.

VIDA DEL SEÑOR GONZALO DE LA PALMA, ESCRITA POR SU HIJO EL P. LUIS DE LA PALMA, S. J.—*Manuscrito del siglo XIII, publicado y precedido de un prólogo, por el P. MIGUEL MIR*.—Madrid, 1879. Un volumen en 8.º, de 120 págs.

Hablando de este librito del admirable autor de la *Historia de la Sagrada Pasion* y del *Camino espiritual*, ha dicho el docto P. Mir en el prólogo con que lo ha dado á luz. «Esta obra, aunque escrita en lenguaje llano y familiar, tiene tal encanto, que no es posible que nadie la comience á leer sin que, llevado de la corriente dulcísima de la oracion, la vaya

pasando página tras página hasta no parar sino en la última.

»Pero, además de las dotes del estilo, tiene la obra que hoy publicamos otras que la hacen singularmente apreciable, cuales son su interés histórico y el suave olor de piedad que se desprende de sus páginas. Porque aunque la vida del señor Gonzalo de la Palma, que se cuenta en este libro, no influye en los grandes acontecimientos que agitaron á nuestra nacion en el siglo décimo sexto, la relacion de las costumbres de un caballero perteneciente á lo que llamaríamos hoy la clase media, y ocupado en los tratos ordinarios de la vida, nos dá idea de lo que era en otro tiempo la sociedad española, de su modo de sér, de su vivir doméstico y familiar, de la educacion que se daba entonces á la juventud, y de los elementos vivos y fundamentales con que se fué formando aquella sociedad tan prodigiosa por sus hazañas, por sus grandezas y victorias, como por sus virtudes públicas y privadas. Por lo cual viene á ser la obra del P. Palma como una fotografía de la antigua familia española, y un cuadro perfectísimo del hogar doméstico en el período más glorioso de nuestra historia. Añádase á esto la virtud y cristianidad que resaltan en la hermosa figura del señor Gonzalo de la Palma, su rectitud y probidad intachables, su piedad ejemplar, la sabiduría de los consejos con que formaba el corazón de sus hijos, su honestidad y pureza de vida, retratada con suaves y hermosísimos colores por la piadosa mano de su hijo, y dígame si no es de grande interés é importancia el presentar á los ojos de nuestra sociedad, tan necesitada de buenos ejemplos, la pintura de alguna de aquellas virtudes que en otro tiempo hicieron á nuestra nacion grande y respetable en el mundo, y cuya gloria ambicionamos, por más que no sepamos, ó no queramos imitarlas.»

La obrilla del P. Palma es, en efecto, un sabroso regalo para las personas piadosas, no ménos que para las literatas y eruditas.

CONTESTACION Á LA HISTORIA DEL CONFLICTO ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA, DE JUAN GUILLERMO DRAPER, POR EL P. FR. TOMÁS CÁMARA, profesor del colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid, 1879. Un vol. en 4.º, de 577 págs.

Cuando se publicó en España el libro de Draper, un conocido nuestro tuvo la osadía de ponerlo en nuestras manos, como si quisiera con él darnos un disgusto. Lo tuvimos, en efecto, al ver la cristiana y hermosa lengua española manchada con tales inmundicias, y aunque nos faltó paciencia para leer todo el volumen, comprendimos desde luego que sería muy bien recibido de los impíos, los cuales pasan por todo á trueque de ver abofeteada, escupida y crucificada á la santa verdad.

En el libro de Draper observamos el cinismo de la impiedad, unido con la prosopopeya más infatuada que puede imaginarse, lanzando calumnias sobre calumnias contra la Iglesia católica, como quien cuenta de antemano con el aplauso de muchos, y confía al escándalo el éxito de su trabajo. Libro de perversa intencion, donde el autor, como ciertos animales inmundos, va buscando en el muladar de todas las impiedades los gusanos que han de servirle de alimento. Esta obra viene á ser la *Suma* de la impiedad moderna, á la cual fielmente retrata, ó mejor dicho, denuncia y avergüenza.

Porque sólo en tiempos como los presentes ha podido publicarse un libro semejante, lleno de contradicciones, de hechos sin comprobacion, de citas falsas, de textos truncados, de ignorancias palmarias, de alardes de mala fé y de impudencia notoria; pero todo esto vestido con aparato científico, exornado con la autoridad de muchos nombres, y lanzado al mundo desde la altura de una cátedra universitaria.

Cuando semejante libro se publica, y lo que es más, corre de prensa en prensa, no hay que decir á qué altura está el nivel científico de los impíos, y la dignidad y decoro de sus oyentes.

Pero el libro, por esto mismo, presentaba para la refutacion una dificultad muy grande, la de esclarecer en pocas páginas tantos hechos, citas y nombres amontonados por Draper para ofuscar y sorprender al público ignorante: el refutador necesitaba examinar los hechos á la luz de la historia, demostrar su falsedad con datos, acudir á las fuentes de la doctrina, para

poner en evidencia la verdad, y asentar todas sus pruebas sobre bases indestructibles y sólidas.

Por fortuna, la ciencia y laboriosidad de los católicos, auxiliados de la gracia de Dios, ha venido á confundir al sofista americano, y á poner en evidencia la audacia y perversidad de su libro. En varias lenguas se han publicado refutaciones de Draper, todas muy notables, y en la española acaba de ver la luz una importantísima, debida al R. P. Cámara, profesor del colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid.

El cual, en un volumen poco mayor que el de Draper, ha sabido encerrar la refutación; pero con tal claridad, elocuencia y acierto, que leyéndole no se sabe qué admirar más, si la concisión de sus argumentos ó la precisión y energía con que están formulados. El docto agustino ha seguido capítulo por capítulo á Draper, buscando en cada uno la parte sustancial, y aplicándole la contestación más oportuna.

A pesar de esto, y de que las contestaciones van autorizadas con notas y pruebas irrefragables, el libro se lee muy bien, porque está escrito en estilo animado y enérgico, con corrección y con galanura.

Como la obra de Draper es la *Suma* de la impiedad moderna, la *Contestación* resulta una completa apología de la Iglesia católica, contra los argumentos que hoy ponen en juego las impías en libros y periódicos.

Al leer este hermoso libro, donde se aprende mucho, no hemos podido dejar de alabar á Dios, que tolera á los malos para gloria de los buenos, y sabe sacar de las persecuciones coronas y palmas para la Iglesia.

*.

EL SABIO IDIOTA. CONTEMPLACIONES ACERCA DE LA SANTISIMA VIRGEN, POR EL B. RAIMUNDO JORDAN, LLAMADO COMUNMENTE EL IDIOTA, TRADUCIDAS Y ARREGLADAS PARA EL MES DE MARÍA por D. Niceto A. Perujo, canónigo doctoral de Valencia.—Segunda edición.

Con el título de *Piae lectiones, vel contemplationes de Beat. Virgine*, compuso un precioso libro el B. Raimundo Jordan, canónigo de Utiqa, y después abad de Celes, que por humildad se llamaba á sí propio *El Idiota*. De tan rico tesoro ha sacado el señor Alonso Perujo las joyas que avaloran el librito que recomendamos, añadiéndole dos oraciones devotísimas de San Ildefonso de Toledo, tomadas de su libro *Corona B. M. Virginis*.

Creemos que este librito contribuirá á aumentar en España la devoción de la Santísima Virgen, infundiendo en las almas cristianas el calor que inflamaba el corazón del B. Jordan y de San Ildefonso, inspirados cantores de las virtudes y gracias de la Madre de Dios. Por eso, y por su mérito literario, la recomendamos á nuestros lectores.

*.

PINCELADAS POÉTICAS, Ó SEA COLECCION DE POESÍAS MORALES, por David Acebal y Rochambeau.—Un volumen en 8.º de 222 págs.—Madrid.

Bajo este modesto título, el señor Acebal ha coleccionado muchas de sus poesías, cuyo mejor elogio está en decir que son verdaderamente morales, puesto que la moral es compañera del arte. El poeta milita en el campo de las buenas ideas, y pone su inspiración al servicio de la causa de Dios, con éxito laudable.

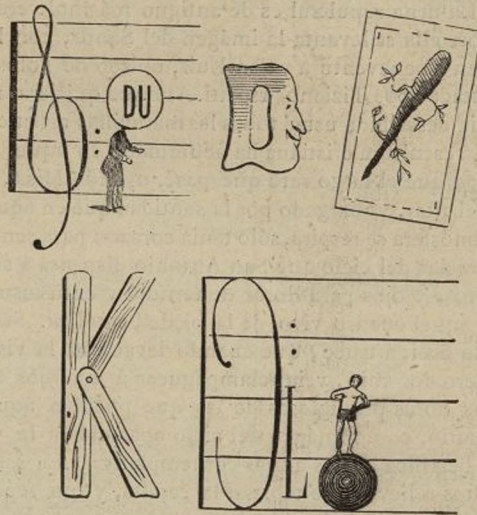
Abundan en la Colección las fábulas, género in-

teressante y provechoso para los niños, y luego hay algunas humorísticas y muchas religiosas, como *Gozos*, *Villancicos*, etc. En todas hay que celebrar la amenidad con que están escritas, y su moralidad intachable.

V.

Solución del jeroglífico del número anterior:
La ciencia del hombre que abraza el conocimiento del mundo, es á veces la nada entre dos platos

JEROGLÍFICO.



(La solución en el próximo número)

Madrid, 1879.—Imp. á cargo de D. B. M. Araque; Balmes, 3.

SECCION DE ANUNCIOS.

LIBROS.

El Sr. PEREZ VILLAMIL ha hecho rebaja del 25 por 100 para los suscritores de LA ILUSTRACION en los siguientes sujos:

La Peregrinacion Española en Italia, ó sea, el espíritu cristiano en las peregrinaciones y en el arte, con un prólogo y una carta del señor Nocedal. Su precio, 16 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 12.

Recuerdos del Monasterio de Piedra. Su precio 6 reales; para los suscritores de LA ILUSTRACION, 4.

Los pedidos á esta Administracion, Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

CANTICO AL HOMBRE,

POR

D. F. SANCHEZ DE CASTRO.

(Leído en el Teatro Español.)

Se vende en las principales librerías, al precio de cuatro reales ejemplar en toda España. Los pedidos para provincias pueden hacerse al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, acompañando al pedido el importe.

Por cada pedido de diez ejemplares se dará uno gratis.

GRABADOS.

En la Administracion de este periódico, Jesus del Valle, núm. 23 y 25, pral., se venden los publicados en el tomo I de LA ILUSTRACION CATOLICA.

Hay mucha variedad y se darán á precios arreglados. Horas de despacho: de diez á seis todos los días no festivos.

CROMOS.

Retrato en gran tamaño de Su Santidad Leon XIII. Se vende en esta Administracion, al precio de 6 reales ejemplar.

MISERERE MEI DEUS.

Traducción en verso de este Salmo y noticias de versiones poéticas del mismo, por

D. FERNANDO DE LA VERA É ISLA.

Un tomo en 8.º francés. Se vende á 20 reales en las librerías de Olamendi, Aguado, Tejado, Guio, Lopez, Fé, Murillo y Hurtado.

LA ILUSTRACION CATOLICA.

DIRECTOR: DON MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Se publica desde el 1.º de Julio en papel superior, con tipos nuevos y elegantes, y consta de OCHO PAGINAS, conteniendo VEINTICUATRO GRANDES COLUMNAS DE TEXTO, perfectamente impresas, é intercaladas con magníficos grabados, representando, ora los principales acontecimientos de actualidad que ocurren en el mundo católico, ora retratos de los personajes más importantes en la Iglesia, en las Ciencias, en la Literatura y en las Artes, ora copias de los mejores cuadros y esculturas de nuestros Museos y Templos.

Sale á luz, con la puntualidad que tenemos acreditada, los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes, sin embargo de dar suplementos cuando los acontecimientos ó la aglomeración de asuntos de importancia lo requieran, ampliando el texto ó los grabados.

Las suscripciones se pagarán adelantadas.

PUNTOS DE SUSCRICION.

MADRID.—En la Administracion de LA ILUSTRACION CATOLICA, Jesus del Valle, 23 y 25, principal, en las principales librerías y por medio de los repartidores.

PROVINCIAS.—En casa de los Sres. Corresponsales de la Empresa.

Los Sres. Suscritores de Provincias que prefieran entenderse directamente con la Administracion, deberán remitir el importe de sus abonos en libranza del Giro Mútuo ó en letras de fácil cobro, ó bien en los *Bonos del Timbre*, que para la suscripción de los periódicos se hallan de venta en todos los estancos de la Península. También pueden remitir el importe en sellos de franqueo, pero estos han de ser precisamente de comunicaciones.

FILIPINAS.—D. Gervasio Memije, imprenta del Real Colegio de Santo Tomás, en Manila.

BUENOS AIRES.—D. Manuel René, calle del Perú, núm. 42.

La correspondencia y reclamaciones se dirigirán al Administrador de LA ILUSTRACION CATOLICA, Jesus del Valle, 23 y 25, pral.

EL SABIO IDIOTA.

CONTEMPLACIONES ACERCA DE LA SANTISIMA VIRGEN

POR EL B. RAIMUNDO JORDAN,

LLAMADO COMUNMENTE

EL IDIOTA.

TRADUCIDAS Y ARREGLADAS PARA EL MES DE MARÍA POR DON NICETO ALONSO PERUJO.

(Segunda edición.)

Esta preciosa obrita forma un volumen en 12.º, y se vende á peseta en la librería de Pascual Aguilar, Caballeros, 1, Valencia.

Se envía á Provincias franco de porte.

EL CAMINO, LA VERDAD Y LA VIDA.

COMENTARIO PIADOSO A LA

IMITACION DE CRISTO,

POR EL EXCMO. E ILMO. SR. D. ANTOIN MONESCILLO, ARZOBISPO DE VALENCIA.

Véndese esta obra en Madrid, al precio de 5 rs., en las librerías de Tejado, Aguado y Olamendi, y al por mayor en la Administracion, calle de Balmes, 3 (Chamberí), imprenta, donde se abonará el 20 por 100 á las personas que tomasen 25 ó más ejemplares.

JESUCRISTO,

MAESTRO DIVINO DE LAS NACIONES.

POR EL

EXCMO. SR. D. ANTOIN MONESCILLO, ARZOBISPO DE VALENCIA.

Véndese esta obra, como la anterior, en Madrid, al precio de 5 rs., en las librerías de Aguado, Tejado y Olamendi, y al por mayor en la Administracion, Balmes, 3 (Chamberí), imprenta, donde se abonará el 20 por 100 á las personas que tomasen 25 ó más ejemplares.

APUNTES PARA LA BIOGRAFIA

DE

D. MARCELINO MENENDEZ PELAYO.

POR

DON MIGUEL GARCIA ROMERO.

El autor de este libro ha hecho una rebaja de un 50 por 100 á favor de los suscritores de LA ILUSTRACION CATOLICA. Enviando cuatro y medio se remitirá franco de porte.

CONTESTACION

Á LA HISTORIA DEL CONFLICTO ENTRE LA RELIGION Y LA CIENCIA, DE JUAN GUILLERMO DRAPER

por el

PADRE FR. TOMAS CAMARA, Profesor del Colegio de Agustinos Filipinos de Valladolid.

Un hermoso volumen en 4.º mayor de 580 páginas. Se vende en las librerías católicas al precio de 36 rs.

HISTORIA DE LA FILOSOFIA,

POR EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

D. FR. ZEGERINO GONZALEZ,

OBISPO DE CORDOBA.

Véndese esta obra en Madrid, al precio de 80 rs., en las librerías de Tejado, Aguado y Olamendi, y al por mayor, en la Administracion, calle de Balmes, núm. 3 (Chamberí), imprenta, donde se hará una notable rebaja.

FILOSOFIA ELEMENTAL,

POR EL

EXCMO. E ILMO. SR. D. FRAY ZEGERINO GONZALEZ,

OBISPO DE CORDOBA.

Véndese esta obra en Madrid, al precio de 36 rs., en las librerías de Tejado, Aguado y Olamendi, y al por mayor haciéndose una notable rebaja, en la Administracion, calle de Balmes, núm. 3 (Chamberí), imprenta.